

Carmen

Revista

chica de poesía

española

5

ABRIL DE MIL NOVECIENTOS VEINTIOCHO

SUMARIO DEL NÚMERO

5

CARTA.— *Un poeta enigmático y solo*

TRES POESÍAS

NÚMEROS

FUGITIVA

MÁS

Pedro Salinas

1 POEMA PORTÁTIL

Adriano del Valle

NUCA SOLA

ÚLTIMA HORA

AURA

PEPITA DE FRUTA

Basilio Fernández

ANTOLOGÍA

HUERTO

Don Gabriel Bocángel

EL MAR EN PERSONA

Juan Larrea

DEFENSA DE LA POESÍA

Gerardo Diego



Carmen

5

C A R T A

Hendaya, 28-II-1928.

A NOCHE dejé, mi querido Bergamín, el núm. 2 de *Carmen* en mi mesilla, entre el reló y el vaso de agua, después de haber leído «Enigma y soledad». (Gracias!). Desperté, insomne, a media noche oscura, dí a la eléctrica, y con lápiz, en la cubierta del mismo número escribí, a partir de un aire que en mi niñez me enternece a lágrimas, esto:

Pimpinito, pimpinito, me fuí por un caminito.
encontré a una mujercita *que hilaba junto a un molino.*
Le dije:—Mujer cristiana *¿yo le ha visto al Peregrino?*
—Sí, señor, *por allí arriba vase hilando su camino...*
Se iba solo bajo el cielo, y por eso es que le he visto;
sus dos ojos relumbraban; por ellos le he conocido.
—*¿Y no le siguió, cristiana, bajo el Cielo y al Destino?*
—No le seguí; *quedo hilando mientras muela mi molino.*

T R E S P O E S Í A S

N Ú M E R O S

TENÍAS abecedario
innumerable de estrellas,
clara
ibas poniendo la letra,
noche de agosto;
pero yo, sin entenderla.
Misterio. No lo quería.
Aquí en la mesa de al lado
dos hombres echaban cuentas.
Más bellas que los luceros,
fúlgidas, cifras y cifras
cruzaban por el silencio,
estrellas errantes puras,
buena suerte,
caudas de ceros colgando.
Y yo me quedé a mirarlas
—¡qué constelación perfecta
tres por tres nueve!—, olvidado
de Ariadna, desnuda, allí
en islas del horizonte.

FUGITIVA

*P*ALABRAS que estás diciendo
—cariño... siempre... seguro...—
con voz lenta en gesto quieto.
Ventanas, dobles vidrieras,
cerradas, encortinadas,
guillotinan tentaciones.
(Horizontes, aires, rumbos.)
El cielo es el techo, todo
del color que tú quisiste,
sin constelación, ni guía.
Entreabierta alcoba tuya,
mía, renuncias desposa.

*¡Pero más allá de todo
qué claro se te ve el sino!*

*Ni ese zapato de cuento,
de cristal, frágil, altísimo;
ni ese pelo—¡qué domado,
plano, doméstico, liso!—
me engañan. Ya se estremecen
las tierras que estrenarás
y el horizonte que escojas
para abrirle escape al cielo.
Talón al aire te veo
aquí tan quieta,
cabellera suelta al viento
—¡manzanas que te echaría!—
y luego,
el mito, ascensor antiguo,
que te sube, allá, a la fábula.*

¿QUÉ voy a ponerte a ti:
galeras de fantasía,
azahar falso, sombra falsa?

¿Qué voy a ponerte a ti,
tarde del día catorce,
si tú ya lo tienes todo:
naranjo sin flor ni fruto,
mar sin vela, luz de agosto?

En tu perfección parada,
inmóvil, así, dejarte
salvada de tu pasar,
quisiera.

¡Eternidad te pondría!

PEDRO SALINAS

Carmen presenta a Basilio Fernández, nacido en Valverdín (León)—1909—en sus versos iniciales Nuca sola, nuca en la que recibe su bautismo de imprenta.

1 P O E M A P O R T Á T I L

C O S E C H A de tres lunas. ¡Pisa el verde
laberinto, Don Diego, que es de noche!
Petimetre de azul. Levita justa,
jacarandosa, ardiente, abotonada.
Siete llaves de plata, marismeñas,
la luna perdió ayer por las balizas.
Alicorto y heráldico en sus rampas
el perejil florece ya, furtivo,
y el río, en su besana de cristales,
unce el apero rojo de los puentes.
Amojonado el cielo, va con nubes
—¡celeste agrimensor!—sobre el tejado.

Todo está igual, y el viento a la deriva
frente al Doctor del lindo telescopio.

El guadarnés solar tiene metales,
cueros brillantes, lindos collerines,
y allí donde está el ojo está la bala
cultivando el jardín de los impactos.
Tren de laca pintada, con baúles
de verdeorín, urgente en sus desvelos
de repoblar los montes de abanicos
y, en las verbenas, amaestrar columpios.

Ya la lluvia articula sus tres patas
y, con resorte limpio, el Arco Iris,
desmelenado, azul, contra los aires,
la Rosa de los Vientos mordisquea.

ADRIANO DEL VALLE

N U C A S O L A

Ú L T I M A H O R A

*T*ODOS los niños prohibidos han puesto su higiene en los pájaros
Todos los lápices trabajan por la prosperidad nacional
sólo tus alrededores no avanzan un paso sin cerciorarse

*Tu labio avizor ha puesto algo de nieve
en los paisajes ateridos por la honradez de sus pagos*

*Espérame en el agua casi proporcional
que estudió para cielo de tus ojos
o aléjate de mí sin pretexto
como los trenes en la primavera*

*Amor
un poco de amor para los espías distraídos
que se purifican espontáneamente
en los países de bases paralelas*

A U R A

*Q*UE revuelo de linfas
prisioneras del aire
Leve impulso sin alas
abate soledades

*El limbo de los niños
en iris incansable
por amor a los pájaros
restituye los valles
El ruiñeñor adula
claveles y cristales
y el agua en decadencia
—ademanes de guante—
resucita botellas
a porfía de mares
Al festín de la nieve
vienen los elefantes
Cómo humilla las rosas
la blancura del viaje*

PEPITA DE FRUTA

*Limpio silencio madruga
en la clausura del lirio
Luz absorta del martirio
imposible de la oruga
Publicidad de la fuga
que perenne y misteriosa
despeina la crin airosa
y da en tesoros de franja
la viudez de la naranja
y la ausencia de la rosa*

BASILIO FERNÁNDEZ

A N T O L O G Í A

H U E R T O

CON más dorados pomos engañaba
el árbol verde al tiempo fugitivo,
que a la planta Hipomenes que volaba.

Sobre el oro difunto, el nácar vivo
mostraban las manzanas palpitando,
ya dibujadas de pincel nativo.

De abejuelas un coro vivo, hilando
en sus ruelas de cera rayos de oro,
guardaba su labor amenazando.

Por el cañón puntado, su tesoro
a cuajar desangraba el clavel tirio,
hablando con olores más que el coro.

De terciopelo azul vestido el lirio,
que entre puñales verdes se conserva,
y le da su color mayor martirio.

El níspero montés, el agria serva,
que el árbol, intratables, los derriba,
y los sazona la dorada hierba.

Allí, de nieve castamente viva,
con letras de oro escribe la azucena
la nariz que pecó de sensitiva.

DON GABRIEL BOCÁNGEL

E L M A R E N P E R S O N A

***H**E aquí el mar alzado en un abrir y cerrar de ojos de pastor
He aquí el mar sin sueño como un gran miedo de tréboles en flor
Y en postura de tierra sumisa al parecer
Ya se van con sus lanas de evidencia su nube y su labor
A la sombra de un olmo nunca hay tiempo que perder*

*Crédula exquisita la oscuridad sale a mi encuentro
Mi frente abriga la corteza del pan que llevo adentro
Cortado a pico sobre un pájaro inseguro*

*Y así me alejo bajo la acción del piano
Que me cose a las plantas precursoras del mar
Un ciervo de otoño baja a lamer la luna de tu mano
Y ahora a mi orilla el mundo se empieza a desnudar
Para morirse de árboles al fondo de mis ojos*

*Mis cabellos se llenan de peces de penumbra
Y de esqueletos de navíos forzosos*

*Sin ir más lejos
Tú eres fría como el hacha que derriba el silencio
En la lucha entre el paisaje y su golpe de vista*

*Mas cuando el cielo exporta sus célebres pianistas
Cómo tu hermoso corazón se traiciona*

JUAN LARREA

DEFENSA DE LA POESÍA

En Sevilla, diciembre de 1927.

LA Poesía existe, luego hay que defenderla. Defenderla y mantenerla. ¿Y desde cuándo existe la Poesía? Desde siempre y hasta siempre. Desde que el primer hombre soñó con ella y hasta que ella sueña al último poeta. Porque el poeta y la Poesía sólo se ven, sólo se tratan en sueños. La Poesía existe para el poeta en todas partes, excepto en sus propios versos. Es la invisible perseguida, que llega siempre demasiado pronto a la cita, como los amigos excesivamente puntuales que ya no nos pueden esperar. En todo poema «ha estado» la Poesía, pero ya no está. Sentimos el calor reciente de su ausencia y el modelado tibio de su carne desnuda.

Un poeta sevillano dijo que mientras exista una mujer hermosa, habrá Poesía. Una mujer hermosa quiere decir una ilusión hermosa, un sueño, un anhelo de hermosura femenina, de doble caricia sensual y espiritual. Naturalmente, al poeta, la Poesía se le representa siempre bajo especie de feminidad, porque es su verdadera media naranja o media luna; él, el hemisferio en sombra y ella, el luminoso. Y como él se siente impulsado por toda su curvatura a continuarse, a continuarse hasta cerrarse en perfección de esfera, cree, quiere creer, necesita creer y crear en la Poesía. La Poesía

existe, pues, por un acto de fe del poeta que la requiere y la busca, aun sabiendo que no la verá nunca.

Crear lo que no vimos dicen que es la Fe. Crear lo que no veremos: esto es la Poesía. Fe por parte nuestra, Poesía por parte de ella, y como único puente posible, el poema que empieza en nosotros, y no sabemos dónde termina. Pero sí a dónde va. Y esta sola orientación, esta sola imantación le basta a su equilibrio sucesivo e incesante.

Pero no penséis que soy un místico de la Poesía—un poeta místico, eso sí me gustaría serlo—. Por lo mismo que la Poesía es imposible, habrá que agotar todas las posibilidades en el poema. Nada de misterios. Todo conocido, todo sopesado y perfectamente material, materialmente perfecto. Bucear primero en las submarinas aguas de la gracia oceánica, creer en lo inesperado, aceptar pasivamente la divina y azarosa dádiva, cumplir a ojos cerrados el venerable destino—el «destino» del poeta romántico—y una vez en nuestras manos los gratuitos, los reimágicos juguetes, jugar con ellos. Jugar con ellos a la vista del público, y ¡ay! en secreto y sin que nadie se entere, romperlos y mancharlos para ver qué tienen dentro y aprenderles las trampas y sorpresas.

Qué delicioso, qué perverso, que logomáquico careo urdimos, incitamos entre las inocentes imágenes materiales vislumbradas de poesía lejana, de luna distante y escondida. Y qué placer incomparable el ver fulgir las primeras chispas de materia poética, al choque o a la caricia de los volúmenes atraillados. Como una conversación imposible entre un holandés, un chino, un español, un árabe, etc., así de asombradas, de iluminadas se cuentan secretos las palabras venidas a cobijarse bajo el mismo techo celeste, por el divino capricho inteligente del poeta. Dejadle. Dejadle que sueñe y que juegue—un juego muy serio, con lágrimas y regocijos infinitamente profundos—que juegue y que sueñe entregado a su alquimia de elementales poéticos. Cada día un nuevo metal, un nuevo cuerpo simple es descubierto o cree que es descubierto. Cree y crea. El poema perfecto y la Poesía imposible.

La Poesía es inútil, y, por lo tanto, necesaria. No es un artículo de lujo; es un artículo de primera—y de última—necesidad. El que prescinde de ella, vive entregado a todo linaje de sustitutivos y supercherías, al demonio de la Literatura, que es sólo el rebelde y sucio ángel caído de la Poesía. Todo el alimento espiritual que no sea el puramente científico, es poético. Y mejor que alimento, yo le llamaría respiración, aire invisible. A veces este aire se trasmuta en sus más próximas y fáciles equivalencias: en Pintura, en Música, en Teatro, en Cine, en Danza, en cualquier forma de arte. Hay quien lo asimila así mejor, quien lo respira mejor, coloreado, metamórfico en estas formas de segundo grado. Porque lo erizado, lo escarpado de la Poesía es su dificultad, su extremada rareza.

Pensad en la cantidad—un poema sobre otro—de poesía, de supuesta y voluntaria poesía, que es capaz de producir un poeta a lo largo de toda una vida. Un montoncito. Bien humilde ante la galería varias veces centenaria de cualquier pintor normal, ante la prole apresurada de cualquier vivíparo novelista, ante la opus 143 de cualquier músico notorio. Pero además y sobre todo, hay relativamente siempre mucha menos poesía en los poemas del mejor poeta que música o pintura en las producciones de pintores y músicos. La Música, arte pura y perfecta en sí por definición, exclusivamente abstracta, es siempre música, música en verso o música en prosa. La pintura, arte concreta que se puede hacer abstracta a voluntad—o a inteligencia—del pintor, es siempre pintura, poética o literaria. La Poesía es a la vez abstracta y concreta. Concreta en el valor individual, calculable de la palabra idiomática—cuerpo físico en el espacio y el tiempo—. Abstracta en el sentido ideal, invaluable, humano de la palabra espiritual—cuerpo metafísico en la infinitud y en la eternidad—. De aquí la suprema dificultad de la Poesía, a un tiempo inmensa y diminuta, profunda y primorosa, amonedada e incalculable. El poeta es a la vez un filósofo riguroso y un insaciable jugador de azar, caprichoso y antojadizo. Imaginación, inteligencia, sensibilidad (la imaginación después de todo no es otra cosa que la sensibilidad activa de la inteligencia) son sus dones contradictorios que ha

de superar en un vértice, en una cima de nieve perpetua. Nieve perpetua y—claro—el volcán cordial, central calefacción en lo hondo de la vivísima, congelada blancura. Oíd al poeta Arriaza ante unos pechos yacentes.

*Vos que de nieve os guarnecéis en torno,
mientras el fuego apunta en vuestras cimas,
volcanes del amor, nevadas pomas.*

Así, como un pecho femenino se colma, se turge el poeta, pecho solitario, pecho aislado, tal vez pecho viudo de amazona, que perdió ya, o no encontró aún su mellizo.

*Empecé a comprender
que mi vida es un seno de mujer*

Media luna, media naranja, en busca siempre del hemisferio incógnito de la Poesía.

No quiero ahora hacer un elogio de la Poesía en su aspecto inmediato, palpable, concreto. En lo que tiene de oficio, cuyo estudio y descubrimiento nos compensa y nos distrae de la sublime ignorancia de la esfera espiritual, prohibida de la esencia poética. Todo cuidado, todo aprendizaje le parecerá escaso al elegido, al llamado por la Poesía. Pero qué ignorancia descarada, qué blasfema incompreensión la de tantos literatos—ensayistas, narradores, notarios o escritores de notas—de nuestra acera de enfrente. El literato puro—o sea el impuro e impúdico literato—desprecia—en el fondo, porque le envidia—al poeta. Cree que el resplandor de la Poesía se consigue, como el de sus pintureros párrafos, a restregones de betún, cuando no (perdón) a manipulaciones de salivilla cosmética. Y penetra en el santuario, mejor dicho, en el humilde, pero limpio, aséptico laboratorio del oficio poético con ineducadas fachendas de superioridad descreída, con burla visible de creyentes de secta intolerante en ajenos, idolátricos templos bárbaros.

El lenguaje natural del poeta es el verso. Pero claro está que a veces puede desahogarse en la precipitada, urgente continuidad de la prosa. Así hay el poema en prosa—aunque siempre excepcional, inestable, paradójico—como hay—y éste sí que abunda—el

prosema en verso. Casi todas las poesías, aun las de los mejores poetas—o sea, las de los casipoetas, porque poetas de verdad no los hay—son únicamente prosemas en verso. O nataciones en la arena. Vuelos de pingüino. Con todo lo que hay de cómico—y de trágico—en la mecánica, en la técnica de una locomoción que sólo a ratos encuentra su medio propio. Amigos de la Poesía, poetas pasivos de la imaginativa inacción, contempladores, soñadores silenciosos y ávidos de la Poesía imposible: no aduléis al poeta, pero no le despreciéis tampoco. No os riáis de él. Sufre mucho. Compadecedle.

Sólo el destino es respetable en el poeta. Nacido para cumplirle —a la vez, por supuesto que sus otras comunes obligaciones (y acciones) de hombre normal—no le queda otro remedio, no le puede evitar, no es responsable de ello. Dejadle, pues. Y respetad ese destino. Pero nada más. De ningún modo el poeta debe erigirse en símbolo vivo, en orgulloso y augusto equivalente de la Poesía. Si esa tentación le muerde, atacadle, burladle, reídle. El poeta todo lo más no debe ser más que un cónsul de la Poesía. Un sencillo y puntual burócrata de sus recados y pasaportes célicos. Saludad en él a la bandera—o al asta, porque la bandera sólo se cuelga en los raros momentos festivos, ondeantes, creadores—de su país incartografiable. Ese país que se ignora y se sospecha, que se discute por los pobrecitos escépticos que no creen todavía en Marte ni en Venus, ni en el imprevisible, aunque ciertísimo planeta—o cometa—de la intacta Poesía.

¿Planeta o cometa? Se presenta por sorpresa, al tocarnos en suerte la cercanía de su órbita mágica, irreductible a toda geometría reglamentada. Pero su aparición, temprano o tarde, es infalible, y nuestra sospecha de ella, inmanente y constante. Por otra parte, el astro fugitivo que es la Poesía no tiene cola, no deja detrás de sí más que el angustioso vacío de su fuga velocísima, un vendaval de nostalgia que se va resolviendo en brisa rastreadora. Vivimos de su recuerdo y de su esperanza, como las almas musicales se alimentan del silencio, de ese silencio que se instala exactamente en el espacio desalojado por la Música, por una música que fué una vez, y ya

no existe. Pero el cometa sin cola de la Poesía es, está, existe siempre, junto a nosotros o imposiblemente lejos. No nace y muere cada vez, como la Música que paga con su normal inexistencia, con su letargo real—letargo absoluto en el que ni siquiera le es dable soñarse a sí misma—el delito de la contagiosa, de la sensualísima, de la pluriabrasadora presencia de su efímera vida mortal. La Poesía no nace ni muere. Vive. Está viva. Se acerca o se aleja. Pero siempre está despierta como la mar. Si no es nuestra, puede ser de otros, o de nadie, pero es. Mientras exista una hermosura, es y será. Ningún hombre la poseyó y, sin embargo, existe porque existimos nosotros. Depende de nosotros. Y no es nuestra (ni vuestra). Es suya. Ella se traza su órbita, y a nosotros sólo nos toca seguirla con los ojos y con el cálculo. Con una tabla de coordenadas y un reloj acelerado en el ritmo de nuestras venas.

No era preciso defenderla. Es invulnerable. Abolidos todos los poemas, ella sigue ilesa. Pero sí era preciso afirmarla. Frente a los horóscopos. Frente a la duda. Frente a la trampa y a la herejía. Frente a los oídos que escuchan para no entender y a los ojos que se abren para no ver. Y era preciso por dos razones, las de todo poeta, las de todo creyente. Porque sí y porque no.

GERARDO DIEGO



C a r m e n

Revista chica de
poesía española

Director:

Gerardo Diego,
Real Instituto de Jo-
vellanos, Gijón

Depositario:

Manuel de la Escalera,
Gran Cinema, Alame-
da 1.ª, Santander.

Secretario-Administrador:

Luis Alvarez Piñer,
Cienfuegos, 18, Gijón.

Impresor:

Aldus, S. A. de Artes
gráficas, Santander.

PRECIO DE LA SUSCRICIÓN A SEIS NÚMEROS
NUEVE PESETAS

Carmen ha publicado en los números anteriores originales de Luis Cernuda, Rafael Alberti, Bartolomé Leonardo de Argensola, Jorge Guillén, Juan Larrea, Pedro Salinas, Federico García Lorca, José Somoza, José Bergamín, Luis Alvarez Piñer, Fernando Villalón, Vicente Aleixandre, José María Quiroga Plá, José M.ª de Cossío, Fray Luis de León, Manuel Altolaguirre y Gerardo Diego.

1,50 ptas.